



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECAÑO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11329

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 10 DE AGOSTO DE 1899

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## LA VELADA

### MARÍTIMA

Cuanto años se ha celebrado ha sido el mejor festejo de Cartagena. Nada tan sugestivo y fantástico como esa velada que va ganando todas las voluntades. La Naturaleza le dió barreras naturales que le sirven de marco y el arte va dejando sobre el cristal del cuadro sus concepciones suntuosas, atrevidas, fantásticas que suspenden el espíritu y lo disponen á la contemplación.

Nada más hermoso que nuestro puerto en noche de velada marítima. Las ondas arrullan el sueño del gigante que las estrecha en sus brazos de piedra separándolas del resto del mar; el remo de la ligera nave arranca de la líquida superficie ráfagas luminosas; las estrellas se dibujan en el móvil espejo, que parece, visto desde la tierra, otro cielo extendido por debajo de nuestros pies. Arriba un abismo sin fondo; abajo otro abismo más peligroso y menos profundo y en medio de los dos inmenso plano sob: e el que van apareciendo puntos luminosos multicolores, que van rasgando la oscuridad con reflejos de rica pedrería.

Extendida á lo largo de los muelles, atraída por el deseo de no perder detalle de la fiesta, la multitud se apiña ansiosa de contemplar el espectáculo. Los que no lo conocen piensan en algo misterioso resurgiendo del fondo de las aguas. Los que lo han contemplado una vez, piensan en la sorpresa que ha de subyugar sus espíritus y á cada barco iluminado que aparece á la vista ponen en los ojos el alma.

En todos los casos la espera es impaciencia, desasosiego, inquietud. En la velada marítima la espera es placidez, satisfacción, encanto; los ojos van siguiendo los

ligeros esquifes que pasan cargados de gente, iluminados con farolillos de colores cuyas luces rielan en las móviles ondas con tonos de esmeraldas, rubíes y záfros.

El movimiento crece, la población marítima va aumentando; los botes van y vienen tropezando unos con otros, apiñándose, como se apiña á lo largo del muelle la multitud que espera.

¡Qué hermoso es ese cuadro! Pero le falta la principal figura, la que le da mayor relieve, la que arranca aplausos estruendosos á los espectadores: los botes del concurso con sus fantásticos adornos y sus millares de luces.

—¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen!—gritan los primeros que los divisan. Y la multitud se agita con movimientos epilépticos buscando el mejor sitio para ver la fiesta; y los botes cargados de gente y llenos de luces se deslizan veloces buscando el paso de las embarcaciones que llegan, para que sus tripulaciones las vean mejor.

Tres años se ha celebrado la velada marítima. El primero se presentaron tres botes al concurso; el segundo fueron cinco los que disputaron los premios; el tercero se han inserto siete, pero por causas que desconocemos se han retirado dos.

A las nueve y media comienza á iluminarse la patacha donde se ha de instalar el Jurado; en la sombra van apareciendo líneas que poco á poco van formando masas semejando columnas, medallones, zócalos y cornisas. Al terminar el encendido aparece á la vista la lindísima fachada de un pabellón, formada con luces blancas, rojas y verdes, artísticamente combinadas.

A las diez en punto cruzan el espacio tres cohetes, señal convenida para que los botes que se presentan á concurso avancen por la pista. Las miradas se dirigen hacia

los muelles del Este, en los cuales han sido preparadas las embarcaciones y en dicha dirección se observan fulgores que van aumentando á medida que se alarga el tiempo y disminuye la distancia.

El tiempo pasa; la expectación aumenta; no hay en tales momentos quien ocupe su pensamiento en otra cosa que en resolver el problema de lo que significan aquellos fulgores que van cambiando poco á poco en vivísima hoguera, en montones de luces, en cosas informes...

Los fantasmas luminosos avanzan lentos, magestuosos; del fondo de las aguas van surgiendo buques de extrañas formas, edificios, objetos de arte. Las siluetas que al principio aparecían esfumadas, van recortándose en la superficie del mar, cuya negrura forma extraño contraste con aquellos montones de luz que avanzan siempre.

Por fin penetran en la pista y el público que llena los muelles y los botes los saluda con aplausos más ó menos unánimes. Va delante el caballete de un pintor; siguiéndole de cerca una góndola, un antiguo buque de guerra, otro buque de guerra que se anuncia disparando bombas y un pabellón.

Adelantándose á las decisiones del Jurado, el público adjudica, desde luego, aplaudiendo á rabiar, el primer premio y espera ansioso el voto del Jurado oficial. De la patacha que aquel ocupa parte una lancha. Uno de sus tripulantes lleva en la mano largo palitroque á cuyo extremo hay un farol que dice *Primer premio* y lo entrega al barco que ha merecido los aplausos unánimes y entusiastas del público, que aplaude nuevamente el triunfo de su predilecta embarcación.

Las embarcaciones que concurren anoche al concurso y los premios que el Jurado les adjudicó son los siguientes:

Primer premio.—2500 pesetas.

—Un buque de guerra, presentado por D. Diego Cánovas.

Representaba una antigua galeaza de dos palos. Su forma general, que era correctísima, y sus detalles, que eran numerosos, estaban determinados perfectamente por la luz y el color. Las velas, que aparecían hinchadas por el viento, estaban formadas por millares de faroles blancos iluminados con luz de aceite. Las banderas eran transparentes é iban iluminadas con luz eléctrica. El resto del barco lucía iluminación de estearina y en el espolón llevaba un gran foco de gas acetileno.

A la altura de la cubierta tenía un revuelo de cincuenta centímetros sostenido ó por 26 ménsulas transparentes.

Todas las coronaciones estaban dibujadas con farolillos rojos.

En la popa llevaba un torreón de dos cuerpos y en las bandas los correspondientes faroles de posición.

Iba conducido por 20 remeros.

Cuanto se diga de este buque es pálido. De forma bellísima y con iluminación perfectamente combinada, su presencia en la pista determinó una explosión de entusiasmo en el público, repitiéndose la ovación al serle adjudicado el primer premio.

Segundo premio.—1500 pesetas. —Un buque fantasma, presentado por D. Manuel Mariño.

Figuraba un vaporcito de ruedas aparejado de bergantín. Se presentó en la pista con el casco vestido de transparentes y la parte alta de la arboladura á oscuras é iluminado el resto, significando que iba en zafarrancho de combate; de vez en cuando soltaba una andanada á otro buque que le perseguía, el cual logró incendiarlo con una bomba.

El incendio destruyó el casco exterior, apareciendo otro interior perfectamente iluminado, corriéndose el fuego á la jarcia de

la arboladura que quedó en un momento iluminada por farolillos blancos.

El público aplaudió la ingeniosa maniobra y la decisión del jurado otorgándole el premio segundo.

Tercer premio.—1000 pesetas. —Pabellón del Comercio y la Industria de la última Exposición de París, presentado por los señores Vivancos.

Penetró en la pista causando verdadera admiración. Estaba formado de transparentes perfectamente iluminados y lucía al exterior, dibujando las columnas y los arcos de las puertas, profusión de faroles de colores.

La cúpula que remataba el pabellón era esbeltísima y estaba formada también con transparentes.

Cuarto premio.—500 pesetas. —Las Bellas Artes, presentado por D. Manuel Ussel de Guimbarda.

Era una bonita alegoría. Figuraba un gran caballete bordado de luces blancas y rojas, sosteniendo varios cuadros encerrados en marcos de luz roja.

Al interior llevaba gran número de faroles de cristal, que al proyectar la luz sobre los lienzos, hacía perfectamente transparentes las pinturas para que pudieran verse á distancia.

Quinto premio.—500 pesetas. Fue adjudicado con justicia á la magnífica iluminación de la patacha en que estuvo instalado el jurado.

Además de las embarcaciones mencionadas, entró en la pista una *Góndola* presentada por D. José García. Llevaba los coronamientos dibujados con luces blancas, rojas y verdes.

Este buque no obtaba á premio. De las embarcaciones insertas no se presentaron dos, cuyos nombres eran *Un globo* y *Apuntes de la Alhambra*.

La fiesta resultó magnífica y su repetición en años venideros promete alcanzar extraordinario des-

sillon por cuatro legos, precedidos de otro que llevaba en una mano un farol y en la otra la espada de Bizarro, á cuyo lado iba un religioso anciano con el hábito ensangrentado, entraron en el convento.

La verja del átrio se cerró: se oyó cerrarse después la portería, y todo quedó en sombra y silencio.

A poco se acercó á la verja del átrio un fraile.

—¿Qué quiere el que llama?

—Ahí en el Cerrillo hay un hombre espirando que necesita la Extremaunción.

—¿Un duelo? dijo el fraile.

—Sí.

—Pues los duelos han sido hasta ahora de los Gerónimos ó de los Recoletos.

—¿O del diablo! dijo Santivañez, retirándose de la verja, embozándose y tomando á buen paso hacia Madrid.

—¡Jesús María y José, dijo el fraile, y qué olor á azufre ha dejado ese maldito! pero puesto que hay un cristiano espirando, avisemos.

Poco después salió apresuradamente un religioso con su lego, y trepó por el inmediato Cerrillo.

No habían pasado cinco minutos, cuando el lego volvió á la carrera y tiró apresuradamente de la cadena.

Al fuerte sonido de la campana corrió el portero.

—Pronto, hermano Cleofás, cuatro legos y un sillón.

Poco después, los cuatro legos salieron con un enorme sillón, y el otro lego los siguió.

Uno de los legos llevó un farol.

Diez minutos después, Bizarro, conducido en un

—Esos no son empeños para el rey, sino entretenimientos: la princesa está maldita de Dios, y ha llegado á tener celos y miedo de su hija, que tiene mas ingenio que ella, y que aún con toda su fama al rey.

—¡Ah! ¡la señora marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, es amante de Felipe VI!

—¿Y quién no se enamora de ella si la ve? Pero es pura y noble, sufre su amor en silencio, y es posible que muera sin que el rey sepa que le ama.

—Muy seguro debéis estar de matarme, dijo Santivañez, cuando me hacéis tales revelaciones.

—¡Pues no he de estar seguro de matar al insolente que me provocó obligándome á castigarle, y que dió ocasión á la muerte de mi esposa y del hijo que tenía en sus entrañas, obligándome á confiar á Azucena á la princesa de los Ursinos, que la ha hecho infeliz, presentándola en la corte en una situación falsa! ¡No he de estar seguro de matar al hombre por quien me ha hecho traición esa infame Ana María, la mujer á quien, enloquecido por ella, he amado mas en el mundo! Todo cuanto puede irritar á un hombre y hacerle desear ver la sangre de otro, lo habéis hecho vos contra mí; y si al encontraros en San Fermín no he cerrado con vos á estocadas